

24 Cotilleos

Para poder empezar de nuevo y asistir a la boda de Meg con la mente bien abierta, sería conveniente iniciar este relato con ciertos cotilleos. Pero, antes, y por si acaso algunos de los lectores más maduros consideran que hay demasiados «amoríos» en esta historia (no creo que los jóvenes me hagan esa objeción), citaré a la señora March: «¿Y qué se puede esperar cuando en esta casa viven cuatro muchachas alegres y, en la de al lado, un vecino joven y apuesto?».

Los tres años que han transcurrido han provocado unos cuantos cambios en la tranquila familia. La guerra ha terminado y el señor March está sano y salvo en casa, ocupado con sus libros y la pequeña parroquia que lo nombró pastor por su carácter y su bondad: es un hombre tranquilo y estudioso, dotado de una sabiduría natural que no se aprende, de una caridad que lo lleva a considerar al prójimo su hermano y de una piedad que moldea su carácter y lo convierte en un hombre respetado y querido.

A pesar de que la pobreza y una estricta integridad lo habían alejado de los éxitos más mundanos, las cualidades antes citadas atraían a muchas personas admirables con la misma naturalidad con que las hierbas más dulces atraen a las abejas. Y, con esa misma naturalidad, él les ofrecía una miel que, tras cincuenta años de experiencias difíciles, no había adquirido ni una gota de amargura. Los jóvenes honestos descubrían que aquel sabio de pelo cano era tan íntegro como ellos y, en esencia, poseía el mismo espíritu jovial. Las mujeres preocupadas o inquietas acudían a él con sus dudas y sus penas, convencidas de encontrar la compasión más dulce y los consejos más sabios; los pecadores confesaban sus pecados a aquel hombre de corazón puro, que los regañaba pero también les ofrecía perdón; los intelectuales veían en él a un compañero; los hombres ambiciosos descubrían en él el reflejo de ambiciones más nobles que las suyas, e incluso los más materialistas reconocían que los valores del señor March eran hermosos y auténticos, aunque no pagaran las facturas.

Quienes no conocían a los March tenían la sensación de que aquellas cinco mujeres vitales gobernaban la casa, lo cual era cierto en muchos aspectos. Sin embargo, aquel hombre sereno que se pasaba el día rodeado de libros seguía siendo el cabeza de familia, la conciencia, el sostén y el consuelo de aquel hogar. Era a él a quien recurrían siempre, en los momentos de inquietud, las cinco mujeres inquietas y atareadas,

pues sabían que encontrarían —en el verdadero sentido de esas palabras sagradas— a un padre y esposo.

Las cuatro hermanas habían depositado el corazón en manos de su madre y el alma en las de su padre. Y entregaban a ambos progenitores, que se desvivían por ellas, un amor puro que crecía al mismo tiempo que ellas y los unía a todos con ese vínculo tan dulce que bendice la vida y trasciende la muerte.

La señora March sigue siendo una mujer activa y alegre, aunque tiene más canas que la última vez que la vimos. Ahora mismo está tan ocupada con los preparativos de la boda de Meg que los hospitales y hogares, aún llenos de jóvenes heridos y viudas de soldados, echan mucho de menos las maternales visitas de esta voluntaria.

John Brooke cumplió valientemente su deber durante un año y resultó herido en combate. Lo enviaron a casa con órdenes de no volver. No recibió estrellas ni galones, aunque los merecía porque había arriesgado sin dudar todo lo que tenía, y la vida y el amor son posesiones muy valiosas cuando están en plena efervescencia. Tras resignarse de buen grado a su baja forzosa en el ejército, se entregó en cuerpo y alma a recuperarse, formarse para el trabajo y construir un hogar confortable para Meg. Llevado por la sensatez y la obstinada independencia que lo caracterizaban, rechazó las ofertas más generosas del señor Laurence y aceptó un puesto de contable, pues se sentía más cómodo si empezaba ganando honradamente un modesto salario que arriesgando el dinero de otros.

Meg había dedicado el tiempo a esperar y trabajar y, mientras, había madurado y había dominado el arte de llevar la casa. También estaba más guapa que nunca, porque el amor hace que la belleza florezca. Conservaba los deseos y ambiciones propios de la juventud, pero la decepcionaba un poco que su nueva vida fuera a empezar de un modo tan humilde. Ned Moffat acababa de casarse con Sallie Gardiner, y la mayor de las March no podía evitar comparar —y envidiar en secreto— la preciosa casa, el carruaje, los muchos regalos y los espléndidos vestidos de sus amigos. En secreto, deseaba tener lo mismo que ellos, pero, por algún motivo, la envidia y la insatisfacción desaparecían cuando pensaba en la paciencia, el amor y el trabajo que John había dedicado al pequeño hogar que los esperaba. Y cuando se sentaban juntos al atardecer para hablar de sus modestos planes, el futuro siempre le parecía tan bonito y radiante que no tardaba en olvidar el esplendor de Sallie y se sentía la joven más rica y afortunada del mundo.

Jo no volvió a casa de la tía March, porque la anciana se había encariñado tanto con Amy que la sobornó para que le hiciera compañía a cambio de clases de dibujo con uno de los mejores maestros del momento. Solo por aprovechar esa oportunidad, Amy habría estado dispuesta a servir a una dama mucho más estricta que la anciana tía March. Así, ahora dedicaba las mañanas al deber y las tardes al placer, y le iba la mar de bien. Jo, por su parte, se había entregado en cuerpo y

alma a la literatura y a Beth, que tenía una salud delicada pese a que la escarlatina ya era cosa del pasado. No era exactamente que estuviera enferma, pero nunca había vuelto a ser la niña sana y de mejillas sonrosadas de otros tiempos. Aun así, conservaba el optimismo, la alegría y la serenidad a la hora de cumplir con las tareas sencillas que tanto amaba, era amiga de todo el mundo y un auténtico ángel de la casa, aunque quienes la conocían de verdad aún no se hubieran dado cuenta.

Dado que el *Spread Eagle* le pagaba un dólar por cada columna de sus «birrias», como ella las llamaba, Jo se sentía una mujer rica y seguía tejiendo con diligencia sus historias románticas. Pero en su cerebro atareado y en su ambiciosa mente iban cobrando forma fabulosos planes, por lo que la montaña de páginas del manuscrito que algún día catapultaría el nombre de los March a la fama no hacía más que aumentar en la vieja cocina de hojalata del desván.

Laurie, que había cumplido con el deber de estudiar en la universidad para complacer a su abuelo, buscaba ahora la manera más fácil de hacer realidad sus propios deseos. Muy popular gracias a su dinero, sus modales, su talento y aquel corazón bondadoso que lo llevaba a querer ayudar siempre a los demás —aunque de vez en cuando se metiera en algún lío por ello—, corría grave peligro de convertirse en un consentido como tantos otros jóvenes prometedores. Y muy probablemente así habría sido, de no ser porque poseía los mejores talismanes para protegerse del mal: el recuerdo del afable an-

ciano que tanto se preocupaba por su futuro, el cariño de la vecina maternal que velaba por él como si fuera un hijo y, por último, pero no por ello menos importante, la seguridad de que cuatro muchachas inocentes lo apreciaban, lo admiraban y creían en él de todo corazón.

Puesto que en el fondo era un buen chico, lo normal era que hiciera el tonto y coqueteara con las chicas. Tal y como mandaban los cánones de la universidad, fue dandi, sentimental y, según el momento, aficionado a las actividades acuáticas o gimnásticas; hizo novatadas y fue objeto de ellas, aprendió a decir palabrotas y en más de una ocasión estuvo peligrosamente cerca de la suspensión o de la expulsión. Pero dado que el origen de esas bromas pesadas era siempre la alegría y el deseo de divertirse, por lo general conseguía salvarse gracias a la confesión sincera, a la expiación honorable y al irresistible poder de su capacidad de persuasión. De hecho, se enorgullecía de salir siempre indemne y le gustaba deslumbrar a sus vecinas con detallados relatos de sus victorias ante odiosos tutores, antipáticos profesores y enemigos derrotados. Aquellos a los que él llamaba «los hombres de mi clase» se convirtieron en héroes a los ojos de las cuatro muchachas, que jamás se cansaban de escuchar sus proezas y con frecuencia, cuando Laurie los invitaba a su casa, tenían el honor de disfrutar de la sonrisa de aquellos seres fabulosos.

Amy era la que más disfrutaba de dicho privilegio y pronto se convirtió en una verdadera reina entre ellos, pues su seño-

ría no tardó en aprender a sacarle partido a la fascinación que ejercía sobre los demás. Meg, absorta en su mundo y encandilada con su John, no tenía tiempo para fijarse en otras criaturas del Señor y Beth, tan tímida como siempre, se limitaba a observarlos a escondidas y a maravillarse por la forma en que Amy los manejaba a su antojo. Jo, en cambio, se sentía como pez en el agua entre ellos y tenía que contenerse para no imitar aquellos modales, formas de hablar y hazañas tan galantes, que a ella le parecían más naturales de lo que el decoro consideraba apropiado en una joven dama. Todos los amigos de Laurie adoraban a Jo, pero ninguno se enamoró de ella; en cambio, muy pocos se marchaban sin antes suspirar una o dos veces a los pies de la divina Amy. Y, ya que hablamos de sentimientos, no puedo dejar de mencionar el «Palomar».